

## LOS ESCRITOS FILOLÓGICOS DE FRIEDRICH NIETZSCHE

Ángela Navarro González  
Universitat de València

F. Nietzsche, *Obras Completas*, vol. II: *Escritos filológicos*, ed. de Manuel Barrios, Alejandro Martín, Diego Sánchez Meca, Luis de Santiago Guervós y Juan Luis Vermal, Madrid: Tecnos, 2012

«Desde ayer tengo una verdadera conciencia filológica, ya que ahora pertenezco irrevocablemente a la Facultad de Filosofía» (CO I, carta 465, p. 328). Así se expresaba el estudiante Friedrich Nietzsche a comienzos del semestre de verano en la Universidad de Bonn en 1865, antes de los años de Leipzig y tras renunciar a la Teología al producirse su particular caída del caballo en el choque con la lectura de Schopenhauer. Posteriormente, el Nietzsche, profesor en Basilea que comenta el *Fedón* en clase para despertar a los estudiantes de su sueño gramatical, se postulará como candidato a la cátedra de Filosofía, a la que en ningún modo considera una ocupación marginal, sino su verdadera tarea. En la Filosofía, desde los primeros contactos, halló siempre Nietzsche consuelo, ya fuera del terrible espectáculo de la guerra, ya como fármaco de sus persistentes dolencias. Filología y Filosofía no se oponen ni se suceden la una a la otra en la concepción nietzscheana del saber sino que, como *El nacimiento de la tragedia* conforman un extraño centauro que guiará sus pasos, igual que al Jasón de Pasolini, hasta que la locura clausure precipitadamente su legado. Un legado que, como ha indicado recientemente J. B. Llinares, en éste nuestro presente trágico, no invita, quizá más que nunca a tomar partido por la Filosofía, la Filología, las Humanidades en fin, que pese a los embates sufridos nunca han dejado de cultivarse en Occidente, aún más, de construirlo y moldearlo hasta nuestros días.

En 1878, en el centenario de la muerte de Voltaire, bajo el cálido sol italiano, y alejado de la cátedra suiza, Nietzsche publica *Humano, demasiado humano*, con el subtítulo *Un libro para espíritus libres*. La cuestión, entre los especialistas, permanece abierta: ¿marca esta publicación la escisión entre un Nietzsche filólogo y un Nietzsche filósofo? La publicación de este segundo volumen, *Escritos filológicos*, de las *Obras Completas* de Nietzsche en la editorial Tecnos se enmarca en el espacio abierto por este interrogante. El proyecto de la Sociedad Española de Estudios sobre Nietzsche (SEDEN) dirigido por Diego Sánchez Meca no permanece impasible ante esta encrucijada y, como ya había ocurrido en el caso de *Escritos de juventud* (OC I), toma partido siguiendo el ejemplo vivificador de Nietzsche, y adopta una postura clara. Este nuevo volumen, al que han de seguir dos más dedicados a la obra de madurez del autor, pone más el acento en el *aude* que en el *sapere* kantianos, y

apuesta por dejar atrás la bicefalia entre las dos *philiai* a favor de un Nietzsche en el que, leyendo con cuidado, esto es, filológicamente, hallaremos intactos los hilos filosóficos que, desde muy joven, le orientaron en su esfuerzo creativo. El objetivo principal de la publicación no es, por tanto, un mero intento de revalorizar las obras filológicas de Nietzsche, tarea que fue llevada a cabo en los años setenta del siglo XX, cuando empezó a considerársele como el artífice de un cambio de paradigma en la tarea filológica además de ser reconocida su inclusión de los filósofos presocráticos en la Historia de la Filosofía Antigua ya no como una oscura etapa previa a ésta, como ha reconocido, entre otros, Carlos García Gual. Anteriormente, ya había sido halagado como filólogo por K. Svodoba que con tono profético auguraba que el futuro apreciaría sus geniales intuiciones o por E. Vogt; mientras que *El nacimiento de la tragedia* se convertiría en piedra de toque para el estudio de la tragedia de los ritualistas de Cambridge y, aún hoy, no se concibe un estudio de lo trágico, en especial en relación a Eurípides, sin tener en cuenta el juicio de Nietzsche. En este sentido, el hilo que rescata a Nietzsche del laberinto de opiniones sobre su auténtica condición: filólogo, filósofo, artista... no es sino aquel que lo ilumina como escéptico de la cultura moderna, del filisteísmo; aquel que inunda de sospechas nuestros conceptos de cultura y educación. Nietzsche es más Nietzsche cuando el cristal con el que se le mira se tiñe de crítica de la actualidad.

La filología nietzscheana pretende comprender el presente a partir de la Antigüedad, no siendo posible la inversión de los términos. Lo que le achaca a la *Altertumswissenschaft*, la gran creación de Humboldt es que haya olvidado su carácter de *Bildung*, que su profesionalización vaya en pos del hallazgo de una Antigüedad alejandrina y cristianizada presa en los textos, en lugar de intentar sintonizar con las posibilidades de vida que ofrece la Edad Antigua. Su propuesta es la de una filología intempestiva puesto que la propia Antigüedad es contemplada como apertura intempestiva al futuro. Los griegos no son para Nietzsche los fríos e inmaculados templos de Winckelmann, ni las felices estirpes guiadas por bellos seres de fábula de Schiller. La labor filológica exige lo que llamaba Ortega, el don del filósofo, esto es, sorprenderse de lo que parece natural, desprenderse del sentido común, y liberarse del arnés de la erudición.

Uno de los héroes juveniles de Nietzsche, R. W. Emerson, pronunció el 31 de agosto de 1837, cuando faltaban siete años para que Nietzsche naciera en Röcken, su famoso discurso conocido como *El escolar americano*. Emerson no dice sino que declama con convicción:

Los pensadores, no el hombre que piensa, escriben libros sobre el libro; hombres de talento, es decir, que empiezan mal, que parten de dogmas establecidos y no de sus propios principios (...) Así, en lugar del hombre que piensa, tenemos a la rata de biblioteca. Así, la clase de instruidos en los libros, que valora los libros por sí mismos, no en relación con la naturaleza y al constitución humanas, sino como una especie de tercer estado junto al mundo y al alma. Esto es malo, peor de lo que parece. Bien usados, los libros son lo mejor que hay; si se abusa de ellos, lo peor (...) No tratan sino de inspirar (...) Lo único que tiene valor en el mundo es el alma activa, el alma libre, soberana (...) (El libro, la universidad, la institución) se detienen ante cualquier asomo de genio, miran hacia atrás, no hacia delante. Pero el genio mira siempre hacia delante. Los ojos del hombre están en su frente, no en la nuca<sup>1</sup>.

El filólogo debe mirar siempre hacia delante, nunca atrás, debe pertenecer a la vida y no a la letra. Debe pensar, filosofar como modo de acción. Ésa es su misión; de

1. *Naturaleza y otros escritos de juventud*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Madrid: Biblioteca Nueva, 2008, pp. 96-97.

no ser así, la naturaleza habría provisto al hombre, como al murciélago, de orejas herméticas, Schopenhauer dixit. En *Enciclopedia de la filología clásica: cómo se llega a ser filólogo*, el curso que escribe a la vez que se halla componiendo *El nacimiento de la tragedia*, advierte Nietzsche, con resonancias de ambos pensadores: *a nadie debería estarle permitido saber más de lo que es capaz de arrastrar, ni más de lo que es capaz de acarrear con bella soltura* (p. 305). La queja está clara: la filología sin filosofía está muerta. Por mucho que se retuerza el gesto de un Laocoonte nunca llegará a ser una estatua de Dédalo. Lo interesante de la Grecia antigua no son tanto sus textos como sus grandes personalidades, que Nietzsche analiza como arquetipos con los que analizar el presente. En la figura del *Lebensphilosoph*, Nietzsche contempla tanto al poeta conceptual como al médico de la cultura, al artista y no al moralista reformador que da pistas para asomarse el futuro y nunca para resucitar el pasado.

La filología como análisis crítico del presente permanece como una llama inalterable en toda la producción nietzscheana. La Ariadna que abandona el maduro Nietzsche es sólo la concepción de la Antigüedad como un juicio estético totalizador aprehendido a través del mito desarrollado en sus escritos iniciales, y especialmente visible en *Homero y la filología clásica* (1869) su conferencia inaugural en Basilea, donde se enfrenta al modelo wolfiano por cientificista, erudito y corporativista, pero al que reconoce haber iluminado la antinomia interna al concepto de filología, a saber su aspiración clasicista ligada a un método historicista que proyecta la fragmentación del moderno Prometeo sobre la Antigüedad, inoculándole los males del presente. Lo que las olas de Naxos borrarán serán las huellas de Wagner y Heyne dando paso a un concepto genealógico de la verdad en la que revisa, alejado ya del Romanticismo de Schlegel, cuya influencia en el joven Nietzsche ha sido puesta de manifiesto por D. Sánchez Meca con la publicación este mismo año en Tecnos de *Modernidad y Romanticismo. Para una genealogía de la actualidad*, de su condena de Platón —radicalizada— y también de la de la Biblioteca de Alejandría, que retoma como faro de la honestidad contra la superstición. Lo que Nietzsche admira de Zenódoto, Apolonio, Eratóstenes, Aristófanes o Aristarco es la paciencia y delicadeza de orfebres que despliegan en el cumplimiento de su tarea filológica, un tesoro de saberes olvidados, como los llamó J. de Romilly víctima ya de la ceguera, en la aceleración de los tiempos modernos; y el rigor del que hacen buen uso a diferencia de la hermenéutica luterana que permea la filología alemana.

Los *Escritos filológicos* (OC II) recogen una selección de los cursos filológicos y ensayos de carácter filosófico de Nietzsche, de los que se disponía en alemán desde los años noventa en la edición de Colli-Montinari (KGV, II) que demuestran por sí mismos la pertinencia de esta visión continuista y no fragmentada de la obra nietzscheana. El criterio elegido para ordenar un material que sobrepasa el millar de páginas ha sido el temático. De este modo, el volumen cuenta con cinco secciones, dedicadas a: «Filología», donde destaca su escrito de despedida de Pforta, «Teognis de Mégara» (1864) publicado por la prestigiosa revista *Rheinisches Museum* que tanto impresionara a Ritschl y donde se prefigura como filósofo de la sospecha, al cuestionar el peso de la tradición; «Religión», que actualiza y mejora la edición de «El culto griego a los dioses» (1875-1876), que el traductor había realizado trece años antes; y «Literatura», cuyas lecciones sobre la escena ática abren el debate en su comparación con las *novelas dramatizadas* modernas, tan alejadas del espíritu musical griego en el que Nietzsche reconocía el sufrimiento heroico del heleno, creador de dioses y héroes que no nada tienen que ver con Crucificados ni Segismundos; las tres al cuidado de Diego Sánchez Meca. La sección de «Filosofía», a cargo de Manuel Barrios Casares, da la oportunidad de acceder por vez primera al texto íntegro de los cursos de 1871-1872 que Nietzsche prepara en Basilea sobre los diálogos

platónicos y muestra la audacia y acierto de Nietzsche al precisar en sus *Vorlesungen* que tratará de los filósofos preplatónicos, alejándose de la terminología habitual que los adjetivaba como presocráticos, poniendo así el acento en la diferencia entre los filósofos puros y la doctrina del ateniense. Y, por supuesto, «Lenguaje y retórica», sección dirigida por L. E. de Santiago Guervós en la que se da cuenta de su deuda con *Die Sprache als Kunst*, publicado por Gerber en 1871-1872, tan evidente en su revalorizada *Verdad y mentira en sentido extramoral*, incluida en OC I y que Nietzsche preparó como introducción a *El libro del filósofo*, destinado a ser la pareja de *El nacimiento de la tragedia*, pero que no vio la luz tras el desencanto de Bayreuth. Por otro lado, ofrece también acceso a su *Curso de Retórica* del semestre de invierno de 1872 en pleno boicot universitario tras la voladura que supuso *El nacimiento de la tragedia*.

Al trabajo llevado a cabo por todos ellos cabe sumar el de Alejandro Martín Navarro y Juan Luis Vermal Beretta. Y, sin embargo, la cantidad de colaboradores que han intervenido en esta edición, no se para en éstos, sino que se reproduce como la Hidra, dada la extremada dificultad de traducir no ya los textos griegos utilizados por el autor sino la necesidad casi podríamos decir de imaginar un texto allí donde el profesor simplemente señala o, directamente, ni siquiera se molesta en escribir dado el carácter de apuntes de los textos a tratar, carentes del estilo literario del Nietzsche, digámoslo así, exotérico. La implicación de todos ellos en una misma dirección, el pulso de orfebre que ha guiado un este pequeño *kósmos* interuniversitario e interdisciplinar y que ha requerido de tantos arquitectos, desoyendo el consejo cartesiano, ha permitido que este centauro que hoy tenemos, por fin, en nuestras manos, se perfila con los rasgos de un sabio Quirón y no de un Neso heroicida. Esperemos que el diagnóstico epocal de Nietzsche no se aplique a nuestros días y esta compilación no llegue a un público inmaduro, sino a un *Lesenwelt* capaz de calibrar lo que aquí se le está brindando y de recibirlo con una sabia combinación de alegría dionisiaca y paciencia alejandrina que le permita leer con cuidado y abrir perspectivas de futuro que nos permitan a los que nos dedicamos a las Humanidades poder, como clamaba Goethe, ser cada uno a nuestro modo un griego.

## NOTICIAS

